

Mi nueva vida

ÀNGEL BURGAS

Ilustraciones de Ignasi Blanch



edebé



Mi nueva vida

Àngel Burgas

Mi nueva vida

edebé

Título original: *La meva vida nova*

© Texto: Àngel Burgas, 2019

© Ilustraciones: Ignasi Blanch, 2019

© Traducción: Gemma Domingo

© Ed. Cast.: Edebé, 2019

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia

Diseño de colección: Book & Look

Primera edición, febrero 2019

ISBN: 978-84-683-4030-2

Depósito legal: B. 1130-2019

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Para Xavier Carrasco y Pere Martí.

1

A veces escuchamos historias de gente que cambia radicalmente de vida. Personas que, de un día para otro, abandonan lo que siempre han hecho y emprenden una nueva aventura. Yo mismo, como lector, lo he leído en muchas novelas.

Me parece sorprendente, la verdad. E incluso fascinante.

Pero siempre había pensado que a mí no me pasaría en la vida.

Una tarde, al regresar del cole, mi madre me aguardaba en el comedor de casa. Sobre la mesa, me había dejado preparada la merienda. Dos cosas me llamaron la atención: la primera, que mi madre nunca me esperaba en casa cuando yo volvía del colegio, ni en el comedor ni en ningún otro sitio, porque estaba en el trabajo; la segunda,

que ella jamás me hacía la merienda: por las mañanas me daba un euro con noventa, y yo me compraba un cruasán y un batido de chocolate en la panadería.

Me senté, devoré lo que me había preparado sin confesarle que ya había merendado, y esperé a que hablase. Porque estaba claro que todo aquello era para decirme algo.

—Ramón, tenemos que hablar.

Me explicó que mi padre y ella habían tomado una decisión. Lo dijo en un tono extraño, seguramente el mismo que emplearon los padres de Marcos y los de Berta cuando anunciaron a sus respectivos hijos que se separaban. Entre la palabra «decisión» y lo siguiente que pronunció, «Escúchame bien», pasaron diez segundos durante los cuales me imaginé dos habitaciones, la que ya tenía y la nueva, es decir, la del piso adonde con toda probabilidad se iría a vivir mi padre, como ya hicieron antes el padre de Marcos y el de Berta. Ropa en una y otra habitación; dos chándales para

educación física; problemas con los libros de texto («Hoy toca lengua, pero he dormido en casa de mi madre y tengo el libro en la de mi padre»), y nuevos hermanastros, o sea, hijos de las nuevas parejas respectivas de mi padre y de mi madre. Esto último dependería de la suerte: buena suerte, como la que ha tenido Berta con su hermanastro; o mala suerte, como la de Marcos, que ahora tiene seis hermanos nuevos a los que todavía confunde y cuyos nombres ni siquiera recuerda.

—Escúchame bien: tu padre y yo hemos dejado el trabajo. Esto es malo, sí. Muy preocupante. Y así, sin más, sería una pésima noticia. Pero lo bueno es que enseguida hemos encontrado uno nuevo. Un trabajo mejor. Un trabajo fantástico.

Mientras se esfumaban rápidamente las dos habitaciones y la ristra de hermanastros, me pregunté por qué me estaba dando una buena noticia con ese aire de preocupación.

—El trabajo es fantástico, Ramón, pero está lejos de aquí.

En el tiempo que duró esa segunda pausa, rumié sobre el concepto de «lejos». ¿Lejos significaba a quince paradas de metro? ¿O querría decir en Sudáfrica?

—Nos vamos de Madrid, Ramón. Nosotros dejamos el trabajo, tú dejas tu colegio, y nos vamos lejos a comenzar una nueva vida. Así lo hemos decidido.

«Así lo habéis decidido vosotros», pensé. ¿Lejos? ¿Cómo de lejos?

—¿Y adónde vamos?

—A un pueblo de mala muerte, donde Cristo perdió el gorro —dijo mi madre antes de romper a llorar.

Deduje que había sido mi padre, y no ella, quien había tomado la decisión.